

se reunirían en las mismas manos por una invencible atracción el dominio de la tierra y el dominio del trabajo, y la pobreza, sucumbiendo bajo la riqueza, presentaría al mundo atónito el espectáculo de una degradación de que ella no ha salido sino por un milagro siempre subsistente ante nosotros.

Ya sé que se os hace duro este milagro, y que preguntáis aun ingenuamente en qué página del Evangelio ha sido positivamente reprobada y abolida la esclavitud. ¡Ah, Dios mío! en ninguna página y en todas. Jesucristo no dijo una sola palabra que no fuese una condenación de la servidumbre, y que no rompiese un eslabón de las cadenas de la humanidad. Cuando se llamaba el Hijo del hombre, libertaba al hombre; cuando decía que se amase al prójimo como á sí mismo, libertaba al hombre; cuando elegía pescadores para apóstoles suyos, libertaba al hombre; cuando moría por todos indistintamente, libertaba al hombre. Acostumbrados como estais á las revoluciones legales y mecánicas, pedís á Jesucristo el decreto con que ha cambiado el mundo; os admiráis de no encontrarlo en la historia, formulado casi del modo siguiente: « Tal día, á tal hora, cuando dé el reloj de las Tullerías tantos golpes, no habrá ya esclavos en ninguna parte. « Estos son vuestros procedimientos modernos; pero observad también los mentís que les da el tiempo, y comprended que Dios, que no hace nada sin el libre concurso del hombre, emplea en las revoluciones que prepara un lenguaje más respetuoso para nosotros y más seguro de su eficacia. San Pablo, iniciado en los secretos paganos de la acción divina, escribía á los Romanos: *Cada uno permanezca en la vocación en que fué llamado. ¿ Eres siervo? no te dé cuidado; y aun cuando pudieras ser libre, prefiere servir* (1). Estas palabras mismas eran un acto de liberación como estas: *Yo el viejo Pablo, el cautivo de Jesucristo, te ruego por mi hijo Onésimo... á quien yo he engendrado en las prisiones... el que te vuelvo á enviar, no ya como siervo, mas en vez de siervo como hermano muy amado* (2). Así se ha hecho la restitución evangélica del hombre; así se propaga y se conserva, por una sensible infusión de la justicia y de la caridad, que penetra el alma y la transforma sin sacudimiento, y que hace que no sea jamás conocida la hora de la revolución. El mundo anterior á Jesucristo no ha sabido que la propiedad del trabajo era esencial al hombre; el mundo formado por Jesucristo lo ha sabido y lo ha practicado: hé aquí todo.

(1) 1. Epístola á los Romanos, cap. 7, vers 20 y 21. — (2) Epíst. a Filemon, vers. 9, 10, 12 y 16.

Pero no basta aun para el pobre la propiedad del trabajo. El niño pobre, el enfermo pobre, el anciano pobre no tienen trabajo para ellos; y falta también trabajo con demasiada frecuencia al pobre que tiene salud y fuerzas. Jesucristo debía, pues, crearles otra propiedad que la del trabajo. ¿ Dónde tomarla? Evidentemente no podía hallarse sino en la propiedad de la tierra; pero la propiedad de la tierra pertenece al rico; y no se podría trastornar este derecho sin reducir á servidumbre á todo el género humano. ¿ Qué recurso hay pues? Jesucristo lo ha descubierto, Señores; él nos ha enseñado que la sociedad no es egoísta en su esencia, pero que puede serlo en su uso, y que basta reglar y limitar este uso para asegurar al pobre su parte en el patrimonio comun. El Evangelio ha establecido este principio nuevo, mas desconocido aun que la inajenabilidad del trabajo; nadie tiene derecho á los frutos de su propio dominio sino segun la medida de sus legítimas necesidades. En efecto, Dios no ha dado la tierra al hombre sino á causa de sus necesidades, y para proveer á ellas. Todo otro uso es un uso egoísta y parricida, un uso de voluptuosidad, de avaricia, de orgullo, vicios reprobados por Dios, y que no ha querido sin duda robustecer y consagrar instituyendo la propiedad.

Es cierto que son diferentes las necesidades segun la posición social del hombre, posición variable hasta lo infinito, y de que se ha hecho cargo el Evangelio, no reglando matemáticamente el punto donde concluye el uso y donde comienza el abuso. El hombre lo hubiera hecho; Dios no se creyó bastante buen matemático para esto, ó mas bien respetó nuestra libertad en esto como en otras cosas. Pero el derecho evangélico no ha sido menos claro y terminante: allí donde espira la necesidad legítima, espira el uso legítimo de la propiedad. Lo que resta es el patrimonio del pobre, en justicia como en caridad; el rico no es mas que su propietario y administrador. Si le engañan cálculos egoístas en su deuda con respecto al pobre, si no la cumple por un lujo que crece con su fortuna, ó por una avaricia cada vez mas inquieta del porvenir, á medida que tiene menos motivos para ello, ¡ desgraciado de él! No se ha escrito en vano en el Evangelio: *¡ Desgraciados vosotros los que sois ricos* (1)! Dios le pedirá sus cuentas en el día del juicio; seránle presentadas las lágrimas del pobre; y las verá á la claridad de la venganza, no habiendo querido verlas á la luz de la justicia y

(1) S. Lucas, cap. 6, vers. 24.

de la caridad. Si ha sido propietario legítimo de sus bienes, será también propietario legítimo de su condenación.

No me detengo, Señores, en estas amenazas tan terribles y tan reiteradas del Evangelio contra los injustos detentadores de la propiedad territorial del pobre; porque esto no es más que la menor garantía de su derecho. No es el temor lo que ha fundado en la tierra la segunda propiedad del pobre, sino la unción de Jesucristo, penetrando en el corazón del rico y floreciendo en él como un trigo sagrado. De aquí esos cuidados asiduos de que el mundo antiguo no tenía una idea, esas preocupaciones de la opulencia en favor de la miseria; esas fundaciones de hospitales, de hospicios, casas de misericordia de todas clases; esos oídos abiertos para oír todo gemido que da un sonido nuevo, y que reclama una invención de la caridad; esas visitas personales á las buhardillas y á los camaranchones, esas piadosas palabras salidas de un fondo de amor que no se agota jamás; esa comunión de la riqueza y de la pobreza, que desde la mañana hasta la tarde, desde el siglo que concluye al siglo que comienza, mezcla todas las clases, todos los derechos, todos los deberes, todos los pensamientos, el teatro con la iglesia, la cabaña con el palacio, el nacimiento con la muerte, haciendo nacer la caridad hasta en el crimen, y arrancando á la prostitución misma su lágrima y su escudo.

Convengo en que está oculta una gran parte de este espectáculo; no todos los ojos han recibido el don de verlo, y sola la vista de Dios lo ve enteramente. Es pues fácil acusar bajo este respecto, al menos hasta cierto grado, la dureza del rico y la impotencia de Jesucristo. A nosotros, cristianos, sacerdotes de Jesucristo, que tenemos el secreto de tantas buenas obras, nos toca testificar lo que vemos, sin dejar jamás de excitar á la mano que se cansa, ó al corazón que se olvida. ¿No hay aquí, en la juventud que me escucha, representantes de esa legión de San Vicente de Paul que llena la Francia, y que tiene actualmente hermanos de su nombre y de su alma hasta en Constantinopla y en Méjico? ¿Cuál de ellos hay que no vea al pobre frente á frente, que no sepa oírle y hablarle? ¿Cuál no ha reanimado su fe con los harapos de la miseria? ¿Cuál no ha oído algunas veces al subir por la noche vergonzosas escaleras, y llamando á la puerta del dolor, á Jesucristo responderle en su interior por una tentación vencida, y decirle: Bien!

¡Ah! no hay duda que se aumenta en el mundo la miseria física y moral; pero ¿es esto culpa de Jesucristo ó de los que no le

quieren? ¿Tiene derecho de acusar la propiedad incrédula á la impotencia de la propiedad cristiana? Esta, disminuida por la apostasia de una parte de la sociedad evangélica, hace lo que puede, y la otra parte no le deja ni aun la libre acción de la caridad. No es, pues, responsable de los males presentes; no lo será tampoco de los males futuros. Curen las llagas aquellos que las causan.

Jesucristo ha vuelto al pobre la propiedad del trabajo, y ha creado para él, en lo superfluo del rico, una segunda propiedad; pero ¿era esto bastante? Vosotros, cristianos, que teneis el sentimiento de Dios, me responderéis que no. Comparabais en secreto, mientras os hablaba, la suerte del rico con la del pobre, y os decíais que en fin, á pesar de todo, era grande la diferencia, y que era necesaria otra cosa más para la obra de Jesucristo. Teneis razón. El hombre no necesita solamente pan, sino que necesita dignidad. Él es por su naturaleza misma una dignidad. ¿Quién de nosotros no la siente vivamente, y no aspira á un estado de grandeza capaz de satisfacer el instinto que tiene de ella? Nosotros no nos engañamos sobre esto, somos hijos de raza real, descendemos de un lugar donde es de derecho la dominación, y es justo que sintamos removerse en nosotros estos restos de nuestra primera majestad. ¡Ay! jamás un príncipe que ha perdido el trono, pierde en el destierro la memoria de él; se ha notado en la frente de todos los destronados una arruga, una cicatriz de dolor que no desaparece jamás. ¡Pues bien! nosotros somos de estos proscritos de gran raza; hablando á la letra, y en todo el rigor de la expresión, somos reyes destronados, hijos de Dios destinados á sentarnos un día á la diestra de nuestro Padre y á reinar con él. Siendo esto así, ¿tiene el hombre pobre la medida de gloria y de potestad que nos pertenece? Y si no la tiene, ¿puede subsistir sin ella? ¿Puede vivir sin dignidad? No, mil veces no, yo no admito la vida sin la dignidad real. ¿Y dónde está la dignidad real del pobre? ¿Dónde está la dignidad real de este hombre que espera del oficio más vil su pan cotidiano? ¿Dónde está su corona? ¿Quién se la tejerá de nuevo y se la volverá? ¿Quién, Señores, quién? ¡Ah! Jesucristo, el Evangelio: estad seguros que han pensado en ello.

Hé aquí á Jesucristo que viene, él, el hombre reparado, el hombre renovado en la gloria para volvérsela: ¡él viene! La humanidad que le espera no es una, está dividida en dos campos: á la izquierda la humanidad rica, á la derecha la humanidad pobre; un

espacio en medio. Jesucristo desciende, ¡ miradle ! ¿ Por dónde pasará ? Pasa por el lado del pobre con su dignidad real y su divinidad. *Es pobre* (1), gritaba el profeta viéndole venir de lejos; y declarando él mismo su misión, *el Señor*, dice, *me ha enviado para evangelizar á los pobres* (2). S. Juan el precursor le hace preguntar por sus discípulos : ¿ *Eres tú*, le pregunta, *el que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?* Y Cristo responde : *Id y contad á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan* (3). ¿ Es esto todo ? No ; escuchad ! escuchad ! ; *Los pobres son evangelizados !* Este es el signo supremo, mas que la vista vuelta á los ciegos, mas que los piés á los lisiados, mas que la pureza á los leprosos, mas que el oido á los sordos, mas que la vida á los muertos. ; *Los pobres son evangelizados !* Es decir, la ciencia, la luz, la dignidad son restituidas á la parte de la humanidad que no tenia ya nada de todo esto. Jesucristo no se cansa de hacer alianza con ella, y barriendo la riqueza, siempre que la encuentra al paso, decia con una divina ternura : *Os doy gracias, Padre mio y Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis estas cosas á los sabios y entendidos, y las habeis descubierto á los párvulos* (4). En fin, estableció entre ellos y él una solidaridad que cubrirá eternamente al pobre y le asegurará el respeto de todos los siglos futuros : *Todo lo que hicisteis*, dijo, *á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis* (5).

Ya comprendéis ahora, Señores, el encanto inaudito que tiene la pobreza á los ojos del cristiano. Si, no contento con socorrer al pobre y con amarle, aspira el cristiano á ser tambien pobre; si vende su patrimonio para distribuirlo entre sus hermanos que sufren; si S. Francisco de Asís renuncia á la herencia paterna para recorrer el mundo con un sayal y un cordon; si Carloman lava las escudillas del Monte Casino; si tantos reyes, reinas, príncipes y princesas lo dejan todo para abrazar la pobreza voluntaria, ya sabeis el secreto. Jesucristo, que descendió de mas alto, se hizo pobre; hizo de la pobreza y del amor una mixtura que embriaga al hombre, y en que todas las generaciones vienen á beber á su vez. El pobre es el mismo Jesucristo; Jesucristo, que tanto ha amado. ¿ Comó pasará yo á su lado sin una gota de respeto y de amor ?

¡ Oh filósofos poderosos ! yo veo bien vuestra objecion ; vosotros

(1) Zacarías, cap. 9, vers. 9. — (2) S. Lucas, cap. 4, vers. 18. — (3) S. Mateo, cap. 11, vers. 4 y 5. — (4) S. Mateo, cap. 11, vers. 25. — (5) S. Mateo, cap. 25, vers. 40.

me diréis : Todo esto es pura metafísica ; no hay aquí dentro una sombra de realidad. Es verdad, no hay aquí dentro ni decretos legislativos, ni artillería de grueso calibre para hacerlos respetar, ni aun sentido comun, si quereis ; no hay mas que una revolucion de amor, una revolucion ejecutada con nada. Y esto es precisamente lo que me conmueve. ¡ Oh académicos ! hombres de talento, legisladores, príncipes, profetas, escuchadme si podeis. La humanidad rica hollaba á sus piés á la humanidad pobre ; yo, yo era de la humanidad pobre en aquel tiempo, y aun lo soy. ¡ Pues bien ! por favor haced que la humanidad rica respete á la humanidad pobre ; que la humanidad rica ame á la humanidad pobre ; que la humanidad rica piense en la humanidad pobre ; haced hermanas de la Caridad para restañar mis llagas, hermanos de las Escuelas Cristianas para instruirme, hermanos de la Merced para rescatarme del cautiverio ; haced esto, y os perdono lo demás. Jesucristo lo ha hecho, y he aquí por qué le amo ; lo ha hecho con nada, y hé aquí por qué le tengo por Dios. Cada uno tiene sus ideas.

Jesucristo ha tenido otra respecto de los pobres ; ha temido que se creyesen desgraciados en su eleccion para la pobreza, y ha pronunciado esta adorable palabra que está al frente del Evangelio : *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. Pensais tal vez que esto quiere decir : Bienaventurados los que son despreciados en la tierra, porque serán honrados en el cielo ; bienaventurados los que sufren en la tierra, porque ellos se regocijarán en el cielo ; bienaventurados los que no son nada en la tierra, porque ellos lo serán todo en el cielo. Es verdad, este es en parte el sentido de esta inesfable palabra ; pero no es todo su sentido. Quiere decir tambien : Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos desde este mundo ; porque la unción de la beatitud descenderá en su alma, la explayará, la elevará sobre sus sentidos, y la llenará tambien aun en medio de la desnudez. Jesucristo nos revelaba con esto una verdad que no es solamente del orden natural, sino que pertenece tambien al orden moral, y aun al orden puramente económico : y es, que la felicidad es una cosa del alma y no del cuerpo, que su origen está en el sacrificio y no en el goce, en el amor y no en la voluptuosidad. Ahora bien, el sacrificio pertenece al pobre por derecho de nacimiento, y el amor, demasiado frecuentemente rehusado al rico, habita voluntariamente en el corazon sencillo del artesano, que jamás ha sido servido ni adorado, que no ha puesto todo su sér en el orgullo, y que

sabiendo darse, sabe amar y ser amado. Así pues, el Evangelio al desviar al hombre de la tierra y al dirigirle hácia las cosas del cielo, respondía á una disposicion de la naturaleza. Inspiraba al pobre con las alegrías de la santidad las alegrías menos llenas, y no obstante apetecibles, del orden humano. Hacia que los pueblos estuviesen contentos, espectáculo mas raro hoy, pero que, gracias á Dios, no ha desaparecido aun. ¿ No habeis encontrado jamás los domingos á un pueblecillo breton dirigiéndose á la iglesia, el anciano caminando con paso alegre, el jóven esposo llevando del brazo á su compañera, los hijos y nietos llevando á Dios su robusta y apacible salud ; todos anunciando en su exterior, desde la frente calva á la frente virgen, la serenidad, la satisfaccion, la posesion de sí mismo en Dios, la seguridad de la conciencia, sin una sombra de pesar ni envidia? El hombre de la cabaña sonríe al hombre del palacio; el respeto no forma en sus labios mas que una inflexion de contento, y el contento no es mas que la expresion terrestre de un sentimiento mas elevado y que se desborda mas á fondo.

En otra parte, Señores, ya no es lo mismo ; la envidia ha sureado todas las frentes y encendido todos los ojos. Yo lo creo bien, Jesucristo habia fundado la propiedad del pobre, su dignidad y su beatitud ; vosotros habeis alterado las tres. Habeis disminuido la propiedad del pobre con el acrecimiento de la propiedad inerédula mas ó menos vuelta al egoismo pagano ; habeis disminuido la dignidad del pobre atacando á Jesucristo, que es su fuente ; habeis disminuido la beatitud del pobre persuadiéndole que la riqueza es todo, y que la felicidad, hija de la Bolsa, está anotada y rubricada en el gran libro de la deuda pública. Vosotros recogeis el fruto de esto. Este país tiene muchas llagas ; pero quizá es la mayor la llaga económica, ese furor del bienestar material que precipita á todo el mundo sobre esa flaca y miserable presa que llamamos la tierra. Volved, volved al infinito : él solo es bastante grande para el hombre. Ni caminos de hierro, ni largas chimeneas de vapor, ni ninguna invencion agrandarán la tierra en una pulgada ; aunque fuera tan pródiga como es avara, tan ilimitada como es estrecha, no seria para el hombre mas que un teatro indigno de él. Solo el alma tiene pan para todos, y alegría para una eternidad. Entrad en ella á velas desplegadas ; volved Jesucristo al pobre, si quereis volverle su verdadero patrimonio ; todo lo que hagais por el pobre sin Jesucristo no hará mas que aumentar sus deseos, su orgullo y su desgracia.

## SERMON TRIGÉSIMO CUARTO.

### De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural respecto á la familia.

La propiedad es una de las bases de la sociedad natural, no solamente porque sirve para la conservacion y la distribucion de la vida, sino tambien porque es necesaria para el sostenimiento de nuestra dignidad y de nuestra libertad. Sin embargo, el mundo pagano hizo de ella, desviándola de este doble objeto, un instrumento de miseria, de servidumbre y de degradacion, y ya habeis visto la dichosa revolucion realizada bajo este respecto por el derecho evangélico ó cristiano. El Evangelio ha restituido á los hombres la propiedad inalienable del trabajo, y no teniendo estos frecuentemente trabajo por causa de edad, de enfermedad ó de ocasion, ha creado para ellos una segunda propiedad en lo superfluo del rico y en la caridad de todos. Por estas dos disposiciones del derecho nuevo, ambas desconocidas á la antigüedad, se ha hecho la paz entre la humanidad rica y la humanidad pobre, ayudando la primera á la segunda y la segunda á la primera, uniendo ambas el amor á la justicia, y contentas con su suerte en cuanto es posible llegar en este mundo á adquirir el contentamiento ; porque en este punto, como en muchos otros, Señores, no debeis perder de vista que ninguna providencia lo puede todo para el hombre : cualquiera que sea el derecho, es posible el abuso por nuestra libertad, y la desgracia por el abuso. Toda la justicia y toda la caridad del Evangelio no podrian conjurar enteramente el efecto de nuestras pasiones, del egoismo, de la impresion, de la molicie y de tantas otras causas por las que abrimos en nosotros un abismo de miseria y de dolor. El hombre justo no acusará siempre á sus hermanos de los males en que ha caido, se acusará de ellos frecuentemente á sí mismo ; perdonará tanto mas á Dios, cuanto menos se perdona á sí, y aun cuando fuera inocente, comprenderá tambien que no estando solo en el mundo, pueden corresponderle las faltas de otro y entristecer su destino. El Evangelio tiene la libertad por contrapeso ; él no hace mas que milagros que no la destruyen.